

Sermon para el Miercoles de la III. Semana de Quaresma. Tom. IV. fol. 295.

¿HAríamos nosotros caso de unas apariencias de amistad que desmintiese el corazón? ¿Estimamos acaso las falsas expresiones de los que no nos aman, y que sabemos que son enemigos nuestros? ¿No las miramos como molestas? En los hombres solamente apreciamos aquel afecto real y verdadero que nos profesan, y aun solemos perdonarles algunas acciones irregulares, con tal que estemos seguros de la verdad de su afecto: queremos ser amados: no hacemos caso de las exterioridades: solamente nos pagamos del corazón; y no perdonamos ni el mas leve defecto de sinceridad: ¿Pues por qué nos hemos de persuadir á que Dios es menos sensible, y menos delicado que el hombre? ¿Por qué hemos de creer que se paga de un vano exterior y de puras ceremonias?

Todo culto exterior debe ordenarse á la renovacion del corazón como á su principal fin: qualquiera exercicio santo que subsiste con nuestras pasiones, que no destruye nuestros rencores, nuestras embidias, y nuestra ambicion, nuestras amistades, y nuestra pereza, mas es burla de la virtud, que virtud.

¿Los hombres son tan reales y verídicos en sus placeres y en sus pasiones, en sus proyectos de fortuna, en sus rencores, en sus venganzas, en sus embidias, y aun en este punto siempre oculta mas el corazón de lo que explican las acciones exteriores, y solamente han de ser falsos en materia de Religion! ¿Han de dár á la figura del mundo la verdad y la realidad de sus afectos, y no han de dar mas que la figura á la verdad de la Ley de Dios, y á la realidad de sus promesas!

DE

DE LA LEY DE DIOS.

Paráphrasis del Psalmo XVIII. Tom. IX. fol. 193.

DIOS ha encerrado en la observancia de su Ley todo quanto puede hacer felices á los hombres en la tierra: ¿Qué puros son los preceptos de esta Ley! ¿Qué santos y qué dignos del hombre! En nada se parecen á la vanidad de las lecciones y dogmas de los Filósofos, las que no predicaban mas que soberbia, y solamente arreglaban el exterior para grangear aplausos á sus soberbios Sectarios: la Ley de Dios arregla el corazón, corrige los afectos viciosos, muda realmente al hombre, y le hace ser en el interior lo mismo que parece exteriormente.

Sermon para el Domingo de Pasion. Tom. VI. fol. 5.

Aunque algunas veces nos dexemos llevar de toda la amargura del rencor y de la venganza, inmediatamente conocemos que este cruel placer no ha sido hecho para el corazón del hombre: que el aborrecer al próximo es castigarse uno á sí mismo; y quando bien lo consideramos, despues de pasados los primeros movimientos de la pasion, hallamos dentro de nosotros ciertos principios de humanidad, que desaprueban aquellos excesos, que nos dán á conocer que la bondad y el agrado son nuestras primeras inclinaciones, y que la Ley de Dios en mandarnos que nos amemos unos á otros, no ha hecho mas que conformarse con las inclinaciones mas rectas y razonables de nuestro corazón, y reconciliarnos con nosotros mismos.

Pa-

*Paráphrasis del Psalmo XVIII. Tom. IX.
fol. 194.*

LOS Doctores de la ciencia vana prometen la sabiduría à sus discipulos : ; Pero qué sabiduría, oh gran Dios! Una sabiduría que dexaba al hombre todas sus miserias, y solo se proponia hacerle digno de estimacion à vista de los demás hombres : una sabiduría que era penoso fruto de la vanidad, y de los curiosos è inútiles estudios del entendimiento : la verdadera sabiduría no se halla sino en la observancia de la Ley de Dios : à ésta no solamente pueden aspirar los sábios, y los ingénios sublimes, sino que es tan propia de los sencillos è ignorantes, como de los mismos Doctos : ésta se comunica tanto à los pequeñuelos como à los Grandes ; à los Soberanos como à los vasallos ; al Griego como al Scita ; y à los Bárbaros como à los Romanos y pueblos mas instruidos : dá testimonio de la fidelidad de las promesas del Señor, y de su amor à los hombres ; y en vez de dar las ciencias y las dignidades mas derecho à ella, es necesario ser humilde y pequeñuelo para conseguir esta divina sabiduría, y ser su perfecto discipulo.

Sermon para el Domingo de Pasion. Tom. VI. fol. 4.

Nosotros conocemos en lo íntimo de nuestros corazones que la Ley de Dios nada manda que no sea conforme à los verdaderos intereses del hombre : que nada conviene tanto à la criatura racional como el agrado, la afabilidad, la templanza, y las demás virtudes que encarga el Evangelio : que las pasiones que la Ley prohíbe son la única raíz de todas nuestras inquietudes : que quanto mas nos apartamos de la regla, y de la Ley, mas distantes estamos de la paz,

paz, y del sosiego del corazon ; y que quando el Señor nos manda que no sigamos la inclinacion de las injustas pasiones, no hace mas que prohibirnos el que nos entreguemos à nuestros propios tiranos ; y quiere hacernos felices, mandandonos que le seamos fieles.

Paráphrasis del Psalmo XVIII. Tom. IX. fol. 194.

LAS doctrinas humanas siempre dexaban dudas y tinieblas en el entendimiento : dexaban en el corazon sus inquietudes y su tristeza, porque dexaban en él todas sus pasiones : Pero la Ley del Señor, desterrando del corazon todos los afectos pecaminosos, destierra la inquietud, y restablece en él la tranquilidad : el hombre, entregado à sus pasiones, vive hecho presa de mil secretos enemigos que le inquietan y despedazan : su alma es funesta mansion de la molestia, de los crueles remordimientos, y de las mas tristes inquietudes : la paz solamente es fruto de la inocencia ; y la inocencia es un beneficio que no puede deber el hombre sino al amor y práctica de la Ley de Dios : ésta nos dispone nuestra felicidad en la tierra, porque es la que restablece el buen orden en nuestros corazones ; y con el buen orden la paz y la alegría, que son inseparables de él.

*Sermon para el Domingo de Pasion. Tom. VI.
fol. 6.*

EXaminemos los preceptos de la Ley, y hallaremos que todos tienen una conexion necesaria con el corazon del hombre : que son unas reglas fundadas en un profundo conocimiento de lo que pasa dentro de nosotros ; que incluyen en sí los remedios para nuestros mas secretos males, y los auxilios para nuestras mas justas in-

Tomo XI.

D

cli-

clinaciones. Aun aquellos mismos Paganos, en quienes no estaba del todo extinguida la luz de la razón, daban esta gloria à nuestra moral: se veían precisados à admirar la sabiduría de sus preceptos, la necesidad de sus prohibiciones, la santidad de sus consejos, y la elevación y rectitud de sus reglas: se admiraban al ver en los discursos de Jesu-Christo una filosofía mas sublime que en las escuelas de Roma y de Grecia; y no podían comprender cómo el hijo de Maria había llegado à conocer los deseos y las secretas inclinaciones del corazón del hombre, mejor que Platon y todos sus discipulos.

*Paráphrasis del Psalmo XVIII. Tom. IX.
fol. 195.*

LAS ciencias humanas empeñaban à los hombres en unos continuos y penosos estudios, que siempre paraban en aumentar sus inquietudes y sus dudas: cada inventor de una nueva Secta se preciaba de haber hallado la verdad: siempre se la estaban disputando unos à otros; y sus mismas disputas daban bien à entender que ninguno de ellos la había hallado. La verdad no estaba prometida à los vanos esfuerzos del entendimiento: quanto mas han trabajado los hombres para hallarla por este camino, mas se han apartado de ella. Solamente la Ley del Señor tiene poder para ilustrar todos los espíritus. La verdad que há tanto tiempo que buscan los hombres inutilmente, se manifiesta à primera vista: basta amarla para conocerla.

No hay cosa mas apreciable en la tierra que la humilde y constante docilidad à los oráculos de la Ley de Dios: la vanagloria que puede conseguirse con impugnarlos, tarde ò temprano se convierte en oprobrio: aun quando todos los tesoros de la tierra fueran premio de nuestra indocilidad, y de nuestras prevarica-

ciones, no serían mas que montones de barro, que juntariamos sobre nuestras cabezas, y que obscurecerían todo el resplandor de nuestros talentos: el oro, y las piedras preciosas pueden servir de adorno del cuerpo, pero no enriquecen el alma: los deleytes de los sentidos podrán lisonjearnos, pero nunca podrán satisfacernos: siempre dexan un funesto vacío, y un agujón en el corazón: solamente la docilidad que acompaña à la inocencia es la que introduce en nuestras almas una paz y una alegría, superiores à todos los placeres, y à todas las vanas felicidades de la tierra.

Las doctrinas humanas continuamente están variando: los discipulos añaden algo à los inventos de sus Maestros; pero la Ley del Señor siempre es la misma. El cielo y la tierra pasarán: los siglos y las costumbres se mudarán: los monumentos de la vanidad quedarán arruinados, y se levantarán otros sobre sus ruinas: la revolucion de los tiempos borrarà los títulos è inscripciones mas soberbias; pero nunca borrarà ni un solo punto de la Ley de Dios. Es carácter propio solamente de la verdad el permanecer siempre la misma: esta inmutabilidad la ha justificado siempre, y la defiende contra todas las empresas del error y de la vanidad: hace inexcusables à los hijos rebeldes è indómitos, que abandonan la estabilidad de su doctrina, y que se dexan llevar de todos los vientos de las doctrinas vanas y extrañas.

*Sermon para el Domingo de Pasion. Tom. VI.
fol. 6.*

POR mas que nos entreguemos à los deleytes brutales de los sentidos, y por mas que busquemos con ansia todo quanto puede satisfacer nuestra insaciable inclinacion à los placeres, inmediatamente cono-

ce mos que el desorden nos lleva demasiado lejos para que nuestras inclinaciones sean conformes à la naturaleza: que todo lo que nos sujeta y tiraniza, trastorna el orden de nuestra primera institucion; y que la ley que nos prohíbe las pecaminosas pasiones, no hace mas que proporcionarnos la tranquilidad del corazon, y constituirle en su elevacion y nobleza.

DE LAS DIVINAS ESCRITURAS.

Sermon para el Jueves despues de Ceniza. Tom. III.

fol. 61.

EN las historias que nos han dexado los hombres solamente vemos obrar à los mismos hombres: ellos son los que consiguen victorias, los que conquistan ciudades, los que subyugan Imperios, los que destronan Soberanos, y los que se elevan à sí mismos al supremo poder: en ellas no vemos à Dios en parte alguna; y los hombres son los únicos actores: pero en la historia de los libros santos, Dios solo es quien lo hace todo: Dios solo hace reynar à los Reyes, los coloca en el Trono, ò los priva de él: Dios solo vence à los enemigos, arruina las ciudades, dispone de los Estados è Imperios, dá la paz ò permite las guerras: Dios solo es el que se manifiesta en esta divina historia: en ella, si es lícito decirlo así, Dios es el único Héroe; y los Reyes y Conquistadores solamente parecen en ella como ministros de su voluntad: finalmente, estos divinos libros corren el velo à la providencia: Dios que se oculta en los demás sucesos que se refieren en nuestras historias, se manifiesta con claridad en éstas; y solamente en este santo libro debemos aprender

der à leer las historias que nos han dexado los hombres.

Los libros santos en que se ha conservado la Religion hasta nuestros tiempos, encierran en sí los primeros monumentos del origen de las cosas: son mas antiguos que todas las producciones fabulosas del entendimiento humano, las que despues han servido de funesta diversion à los siglos siguientes: y como el error nace siempre de la verdad, y no es mas que una viciosa imitacion de ella, las fábulas del Paganismo se fundaron en los principales pasages de esta divina historia: de modo que puede muy bien decirse, que hasta el error dá testimonio de la antigüedad y autoridad de nuestras Santas Escrituras.

La buena fé de Moysés se manifiesta en la sencillez de su historia: no se vale de artificios para ser creído, porque supone que aquellos para quienes escribe no necesitan de ellos para creer; y porque refiere unos hechos, que entre ellos eran notorios, mas para conservar su memoria à sus descendientes, que para instruirlos à ellos.

Los libros santos no se ocultaban misteriosamente al pueblo para que no conociese su falsedad, como aquellos vanos oráculos de las Sibilas, encerrados con tanto cuidado en el Capitolio, y hechos para mantener la vanidad de los Romanos, los que solamente podian leer los Sacerdotes, y que de tiempo en tiempo se presentaban al pueblo para autorizar en su espíritu alguna empresa peligrosa, ò alguna guerra injusta: los libros santos de los Profetas eran la leccion diaria de todo el pueblo: los jóvenes y los ancianos, las mugeres y los niños, los Sacerdotes y el pueblo, los Reyes y los vasallos, todos debian tenerlos continuamente entre las manos: cada uno tenia derecho para aprender en ellos sus obligaciones, y para descubrir en ellos sus esperanzas. Lejos de lisonjear su vanidad, no les hablaban mas que de la ingratitud de sus padres: en cada página los

anun-

anunciaban desgracias, como justo castigo de sus delitos: reprehendian à los Reyes sus disoluciones, à los Pontífices sus injusticias, à los Grandes sus profusiones, al pueblo su inconstancia y su incredulidad; y con todo eso, todos apreciaban estos santos libros: y al ver como todos los días se cumplían los oráculos que en ellos se anunciaban, esperaban con confianza el cumplimiento de aquellos de que hoy es testigo el Universo.

DE LA IGLESIA.

*Paráphrasis del Psalmo IX. Tom. IX.
fol. 43.*

Nunca pueden ser bastantemente admiradas las maravillas que en todos tiempos ha obrado Dios para impedir que las puertas del infierno prevalezcan contra su Iglesia: en el principio no las opuso mas que unos hombres sencillos y despreciables, pero llenos de su espíritu de fortaleza y de sabiduría: éstos levantaron sobre las ruinas de los Altares profanos, defendidos con todo el poder de los Césares, y de las mas formidables naciones esparcidas por todo el Universo, levantaron, vuelvo à decir, ellos solos el oprobrio de la Cruz, y la adorable señal de la salud de todos los hombres.

Un culto impío, autorizado por la magestad de las leyes, con la pompa de sus supersticiones y ceremonias, con la respetable antigüedad de sus errores, con la ciencia de sus Sectarios, con las comunes preocupaciones de todos los pueblos, y que parecia haber casi nacido con el mundo, este culto impío ha desaparecido de la tierra à vista de doce pobres Pescadores, que vinieron à manifestar à los hombres su extravagancia è impiedad, y que substituyeron en el lugar de aquellos vanos ídolos,

los, y de las disoluciones consagradas à su culto, el misterio de un Dios anonadado, la severidad de su Evangelio, y la locura de la Cruz: era necesario que una doctrina baxada del cielo hallase armado contra ella à todo el Universo: que viniese à la tierra sin fuerzas y sin socorro alguno humano; y que no obstante esto triunfase de todas las doctrinas humanas derramadas en la superficie del Universo, para persuadir à los hombres que era obra de solo Dios, y que no había sido establecida por el crédito, la fuerza, la elocüencia, ni el interés; esto es, por ningun brazo de carne.

Tengamos presentes todos los prodigios que ha obrado el brazo de Dios para sostener los débiles, y flacos principios en que se fundó su Iglesia. Todo el Universo estaba poblado de naciones bárbaras è idólatras, enemigas de su nombre y de su culto: el imperio, el poder, las riquezas, y la fuerza, todo estaba en sus manos: los fieles no formaban en la tierra mas que un pequeño rebaño de ovejas esparcidas entre aquellos crueles lobos, expuestas siempre à su furor, pues jamás se hallaban satisfechos de su sangre: con todo eso, el Señor disipó como polvo todas aquellas naciones idólatras, tan grandes y poderosas: ya casi no han quedado ni señales de ellas: ha destruído y borrado de la tierra hasta su nombre. Los impíos perseguidores, los Nerones, los Dioclecianos, que habían bañado todas las Provincias del Imperio con la sangre de los Mártires, perecieron y expiaron con una muerte funesta y trágica, con unas guerras y calamidades que llegaron à arruinar su Imperio, los males con que habían affligido à la Iglesia.

Todas aquellas naciones, que solamente parece que subsistian para arruinar con sus esfuerzos la santidad del culto del Señor, y la gloria de su nombre, han sido exterminadas, y en su lugar ha sucedido un nuevo pue-

pueblo, que le adora en espíritu y verdad: el mundo generalmente sepultado en las tinieblas de la idolatría, y de las mas monstruosas disoluciones, se oponía à este nuevo pueblo; le arrojaba de todos los lugares, de las tierras, de los mares: le separaba de sus parientes y de su patria, y en ninguna parte parece que hallaba asilo; pero el Señor se declaró à favor de estos pobres perseguidos: se hallaban despreciados à vista del mundo, sin estimacion, sin defensa, sin riquezas: esperó el Señor à que se declarase contra ellos todo el furor del mundo; y quando parecia que ya no habia remedio para ellos, quando era mas general la opresion, y quando las persecuciones daban muestras de acabar con ellos, entonces fue quando Dios concedió à su Iglesia la paz y la tranquilidad: Suscitó un Príncipe que limpió la tierra de tiranos: la Púrpura de los Césares, teñida hasta entonces con la sangre de sus siervos, se convirtió en su escudo y asilo: la sagrada señal de la Cruz se dexó ver à la frente de aquellas mismas tropas, que aún tenian manchadas sus manos con la sangre y carnicería de los Mártires: el Señor volvió à ser el Dios de los Exércitos: las leyes del Imperio se unieron à las del Evangelio, à las que hasta entonces habian sido tan contrarias: los demonios fueron arrojados de los templos soberbios y profanos que los habia levantado la supersticion; y Dios volvió à tomar posesion de todos sus derechos: su santo culto salió de la obscuridad, y de las tinieblas en que le habia tenido cautivo el furor de los perseguidores: la Iglesia de la tierra se dexó ver vestida de gloria y de magnificencia, y como una imagen de la del cielo; y todo el Universo quedó admirado al verse Christiano.

La proteccion visible con que Dios ampara à su Iglesia la defiende de toda variacion: así como Dios no puede padecer mutacion, tampoco ella: es ver-

dad que pueden nacer en ella algunos monstruos del error; pero apenas los descubre, quando como una madre irritada, se levanta, se altera, y tarde ò temprano los arroja de su seno: es depositaria de la antigua doctrina, y así mira como extraño todo lo nuevo: por mas que se disfrace la novedad con las apariencias de la virtud, ò de una austéra regularidad, siempre llega à quitarla la máscara; y segun la vá acercando la antorcha de la verdad, que preside en todos sus juicios, cae y se desvanece la ilusion: podrá suceder que suspenda por algun tiempo sus censuras contra el error, pero jamás puede aprobarle.

*Sermon para el Domingo de Ramos. Tom. X.
fol. 118.*

LOS Obispos son vasallos de los Reyes; pero al mismo tiempo son sus Padres segun la fé: su nacimiento los sujeta à la autoridad del Trono; pero en orden à los misterios de la fé, la autoridad del Trono se gloria de sujetarse à la de la Iglesia: los Príncipes son sus hijos primogénitos; y nuestros Reyes han mirado siempre este título como el de mas honor para su Corona: no tienen derecho sino para hacer executar sus leyes; y deben, sujetándose ellos los primeros, dar exemplo de sumision à los demás fieles.

Paráphrasis del Psalmo IX. Tom. IX. fol. 44.

Aunque cada siglo haya producido Doctores del error y de la mentira, espíritus rebeldes y atrevidos, que han conspirado contra la Iglesia: aunque nazcan tambien otros en los siglos futuros, todos se desharán contra la piedra que une y sostiene este santo edificio: podrá suceder que hagan algunos progresos, porque el error ofrece al principio los encantos de la novedad,

que lisongea à la soberbia, y la forma Sectarios; pero tarde ò temprano vendrá à perder esta vana utilidad: el primer engaño se irá disipando poco à poco: la novedad perderá sus atractivos; y por último se dexerá vér con los vanos colores del error y de la rebelion: los hombres volverán à entrar en la senda de donde se habian extraviado; y los mas célebres y soberbios partidarios que aún queden, perecerán en la obscuridad, olvidados ò despreciados; y al fin desaparecerán de la tierra, con el triste desconsuelo de vér pe-
recer con ellos el dogma reprobado, este hijo de las tinieblas, de la vanidad, y de la falsa ciencia de sus Príncipes.

*Sermon para el Domingo de Ramos. Tom. X.
fol. 118.*

Luego que los Príncipes de la tierra quisieron usurpar al Sacerdocio el derecho que le está reservado acerca de la doctrina, agravaron los males de la Iglesia en vez de remediarlos: sus remedios la han hecho nuevas heridas, ò han ocasionado nuevos excesos: todos los medios inventados para sosegar los espíritus rebeldes, y para atraerlos à la unidad, solo han servido de autorizarlos en su separacion y rebelion; y su autoridad ha perpetuado siempre los errores, quando ha querido meterse ella sola en atraerlos à la verdad: el Trono debe servir de asilo y apoyo à la doctrina santa; pero nunca debe ser la regla, ni el tribunal de donde dimanen sus decisiones.

Paráphrasis del Psalmo IX. Tom. IX. fol. 46.

LA espada que los enemigos de Dios tuvieron tanto tiempo levantada sobre la cabeza de sus Santos, se ha vuelto por último contra ellos mismos. Cansados de sacrificar estas santas víctimas, y bañadas aún sus manos en su sangre, han vengado en sí mismos la muerte de sus siervos: la divina justicia ha sembrado entre ellos la division y la guerra: los fieles no han tenido necesidad de juntarse para destruirlos: la fé y la paciencia eran la única espada que Dios habia puesto en sus manos, y las únicas armas que oponian al furor de los tiranos: Dios se ha valido de ellos mismos para exterminarlos: el mundo se convirtió en un teatro de horror, en donde los Reyes y las naciones, conjuradas unas contra otras, parecia que destruyéndose mutuamente conspiraban à limpiar el Universo de aquella generacion impía è idólatra que entonces cubria todo la tierra, valiéndose el Señor de un nuevo diluvio de sangre para castigar, y purificar el Universo.

Aquellas ciudades, antiguamente célebres por su fortaleza y magnificencia, y aun mucho mas por sus delitos y disoluciones, se convirtieron en montones de ruinas: aquellos famosos asilos de la idolatría y de la sensualidad quedaron enteramente arruinados: la flaqueza de sus dioses no pudo defender aquellas soberbias estatuas, que tanto habia ponderado la antigüedad, y quedaron sepultadas entre las ruinas de sus ciudades y Templos: ya ni señal ha quedado de aquellos soberbios monumentos de la impiedad. ¿Qué se han hecho los Césares que hacian mover à todo el Universo à su arbitrio, aquellos protectores de un culto profano è insensato, aquellos bárbaros perseguidores de los Santos y de la Iglesia? Apenas ha que-

dado memoria de ellos en la tierra: su nombre solamente se ha conservado con el favor del nombre de los mártires que sacrificaron, el que de edad en edad derivará la Iglesia en sus festividades hasta el fin de los siglos: la gloria y el poder de aquellos tiranos se desvaneció con el ruido que su ambicion, su crueldad y sus vanas empresas hicieron en la tierra: semejantes al trueno que se forma sobre nuestras cabezas, no ha quedado de su resplandor, y del ruido pasajero que hicieron en el mundo, mas que la infeccion, y el mal olor.

DE LA FÉ.

*Sermon para el tercer Domingo de Adviento. Tom. I.
fol. 61.*

SI no tuvieramos mas que hacer que sujetar nuestra razon à unos misterios que no podemos comprehender: si la vida christiana no nos presentára mas dificultades que ciertas contradicciones aparentes que debemos creer sin comprehenderlas: si la fé no nos propusiera algunas obligaciones penosas: si para mudar de vida no fuera necesario renunciar à las mas vivas pasiones, y à las mas estrechas amistades: si éste fuera un negocio puramente de entendimiento, y que solo se redujera à creer, sin que tuvieran que padecer en él el corazon ni las inclinaciones, ningun trabajo nos costaria el vencernos: tendríamos por locos à los que comparasen unas dificultades puramente especulativas, y que no costaria trabajo alguno el creerlas, con una eternidad de penas que podria ser el castigo de los incrédulos: y asi, la fé solamente nos parece difícil porque regla las pasiones, y no porque propone misterios: la santidad de sus máximas es la que nos asusta, y no la incomprehensibilidad de sus secretos: y aunque somos perversos, no somos incrédulos.

Ser-

*Sermon para el dia de Santo Tomás de Aquino.
Tom. VII. fol. 216.*

LA fé es una virtud cómoda para los talentos medianos: como alcanzan poco, tambien les cuesta poco el creer: en este punto todo su mérito consiste en el corazon: no necesitan hacer sacrificio de una grande comprehension, porque carece de ella su alma: su sacrificio es muy parecido al de Abraham: en él se halla leña y fuego, amor y sencillez; pero no hay víctima: no sucede lo mismo con los talentos vastos y luminosos: como están acostumbrados à vér con claridad aquellas verdades que puede llegar à conocer el entendimiento humano, no sufren con paciencia la santa obscuridad de aquellas que deben adorar: como por un especial privilegio se hallan introducidos desde mucho tiempo en el santuario de la verdad, tienen que vencerse para no romper el sagrado muro que sirve como de barrera al de la fé: formarian grande escrúpulo de tocar à ciertos artículos de la Religion; pero respecto de otros, los exâminan, los sondean, y quieren atribuir su incomprehensibilidad à la ignorancia de nuestros padres: à esto se añade la novedad que agrada, lisongea, y vence; y los hace olvidar de que el oponerse à un solo punto de la Ley, es lo mismo que arruinar todo el edificio: en una palabra, quieren sufrir el yugo, pero se le quieren imponer ellos mismos: quieren aligerarle, y darle interpretaciones à su modo: éste ha sido siempre el escollo de los mayores ingenios: los anales de la religion nos han conservado la memoria de su caida; y casi no ha habido siglo que no haya sido famoso por alguno de estos tristes naufragios.

Ser-